

## Descartes y la hermenéutica

Juan Carlos MORENO ROMO

Descartes y la moda intelectual vigente en nuestros medios universitarios, cabría decir para empezar, glosando este precipitado título. El Don Quijote o el san Ignacio, el aventurero de la filosofía, por un lado, y por el otro la filosofía universitaria e institucional —las más de las veces practicada en efecto, don Miguel, por curas y barberos— y en las manos de estos cuerdos y correctos señores que a veces somos nosotros, la elaborada y vuelta a elaborar, la sutilísima teoría de su práctica más común —al menos en lo que Ferrater Mora llamaba el “imperio filosófico continental”— que es o se supone que es el comentario de los grandes textos de una tradición filosófica, a la que por cierto quién sabe quién sea quien le defina el canon.<sup>1</sup>

El extravagante pensamiento, superado y pasado de moda ya del viejo, usado y anticuado joven “Padre de la Modernidad” —asunto, cuando mucho, de genealogistas y anticuarios—, y el novísimo o renovadísimo, o cuando menos todavía no por completo gastado (ni cabalmente traducido siquiera, ni mucho menos comprendido) pensamiento antimoderno, muy modernamente antimoderno, que tiene en *Verdad y método* de Gadamer —hablábamos de canon— su catecismo o su manual, y su Evangelio o su Escritura con mayúsculas en las palabras muchas veces sibilinas o proféticas del profesor Martin Heidegger, quien, como se sabe, es en la acaso ya algo avejentada “filosofía contemporánea” el enemigo número uno de Descartes, y en muchos aspectos su antífingura radical, comenzando por su estilo y por su profesión, y continuando por su relación con el origen.

Y se podría también hablar, al comparar a estos dos grandes de la historia de la filosofía europea, de moral y de política, pero temo que eso nos llevase por muy otros y acaso no muy apacibles derroteros.

Friedrich Nietzsche, el ahora harto canónico, por no decir más, Friedrich Nietzsche, quien, siguiendo con la comparación que proponíamos, hace las veces de abuelo o de Antiguo Testamento de la joven tradición hermenéutica —*Affaire de clercs en fin!*—, ¿de quién estaría en verdad más cerca, como *figura* o en su modo de ser *filósofo*: del

<sup>1</sup> Cf. José Ferrater Mora, *La filosofía actual*. Madrid, Alianza, 1982, y también Juan Carlos Moreno Romo, *Revendication de la rationalité. Penser contre l'histoire, penser l'histoire*. Lille, Francia, ANRT, 2005.

profesor de Friburgo, del casi casi pueblerino pensador de los senderos perdidos de la Selva Negra, o del en nuestro tiempo, y extraña o paradójicamente, también en nuestras latitudes, a veces harto menospreciado filósofo viajero que recorrió por lo menos todo el eje norte-sur de los serpenteantes y allanados caminos de tierra y de agua de la Europa Central?

Michel Deguy decía hace poco<sup>2</sup> que el también profesor Emmanuel Kant, que nunca salió de Königsberg, era el padre de Europa, y *casi casi* hacía un llamado a la cruzada para rescatar de las garras de los rusos, que lo han transformado en Kaliningrado, el santo sepulcro y la Jerusalén de la Modernidad Ilustrada. Rarezas que tiene la historia de la filosofía.

Eje Norte Sur, en efecto, fractura y puente. Por un lado tenemos al nórdico que viaja al sur, porque en cierto modo quiere ser del sur, y hacerse, como su maestro Schopenhauer, un discípulo del sur, en particular en cuestiones de estilística y de *savoir vivre*, y por el otro lado tenemos al sureño, o al latino que viaja al norte, y al extremo norte incluso a ser testigo del gran despegue de aquella pujante y poderosa parte de Europa y del mundo —a seguir al espíritu que se va para allá, diría acaso algún hegeliano—, y a fecundar del mismo golpe aquellas tierras que harto fértiles y harto decisivas han resultado, es cierto, también para el pensamiento. Y para las que resultó decisiva esa visita de Descartes, y por ejemplo también la del “marrano” —la del judío desarraigado y excomulgado Baruch o Benito Spinoza—, quien, no obstante su exilio y su imperiosa necesidad de comenzar de nuevo, nuevo Eneas él también, llevaba consigo hartos restos de su tradición: entre ellos una pequeña biblioteca compuesta de “pocos pero doctos libros juntos”, como diría el poeta, de entre los que destacan, al lado de algunos textos judíos —de Maimónides, de León Hebreo—, los del todavía reciente y palpitante Siglo de Oro español.

*Digresión:* frente a la persistente impertinencia de quienes en Europa y más acá repiten ciega y hasta devotamente ese extraño dogma germanocéntrico —hegeliano, heideggeriano y gadameriano, por ejemplo; y entre nosotros, sospecho, algo gaosiano (y entonces harto paradójicamente gaosiano)— de que filosofía en sentido estricto sólo la ha habido griega y alemana, solía sacar yo la bravata medio unamuniana que me había sugerido la lectura del *Spinoza* de Carl Gebhardt<sup>3</sup> —libro que leí, por cierto, en una fotocopia del ejemplar que Gaos donó al Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM—: y era ésta la de que, a final de cuentas, esa originalísima gran filosofía alemana acaso no fuese más que una serie de variaciones sobre un tema spinoziano, y más exactamente espinosiano. La lectura de los trabajos de Jean-Luc Marion y de Denise Kambouchner<sup>4</sup> me enseña que la bravata ésa se sostiene bastante, y que pue-

<sup>2</sup> En *France-Culture*, en sus crónicas para *Les vendredis de la philosophie*, hacia finales de 2003.

<sup>3</sup> Cf. Carl Gebhardt, *Spinoza*. Trad. de Óscar Cohen. Buenos Aires, Losada, 1940.

<sup>4</sup> Cf. Denis Kambouchner, *Les Méditations métaphysiques de Descartes. Introduction générale. Première Méditation*. París, PUF, 2005; Jean-François Courtine, “Différence ontologique et analogie de l'être”, en *Bulletin de la Société française de philosophie*, 1982-2o., y Jean-Luc Marion, *Sur la théologie blanche de Descartes*. París, PUF, 1981.

de muy bien ir, pasando desde luego por Descartes, hasta el mismísimo Suárez, de quien ni Wolff ni Heidegger ignoraban la tremenda importancia que tuvo para el desarrollo de la metafísica moderna. El doctor Ramón Kuri Camacho se ha ocupado entre nosotros de este asunto, y tuvo la amabilidad de confiarme un estudio a este respecto para la compilación *Descartes vivo* que, si todo sale como lo esperamos, será publicada muy en breve y podrá ser presentada en nuestro próximo congreso internacional de filosofía.<sup>5</sup>

Volviendo al simple título de nuestra comunicación, y a su glosa o comentario, y volviendo asimismo a estos grandes o groseros trazos de cartografía del pensamiento, de un lado tenemos a “la nueva *koiné* filosófica” que predica al sur de los Alpes, y también al sur de los pirineos y del río Bravo —aligerándola un poco, es cierto, de sus brumas nórdicas—, el italiano Gianni Vattimo; y del otro al gran pensador de La Creuse —y del Sena, y del Danubio, y del Rin y de los mares del norte—, al pensador de la falla o de la frontera interna de Occidente, al eslabón perdido, si me lo permiten, entre el norte y el sur de nuestra civilización, y también entre la tradición y la Modernidad (cosa esta última que se le ha abundantemente reprochado: el no haber sido lo suficientemente marcionista, el no haber roto con su pasado de manera total), o en fin, lo que también nos podría resultar a nosotros harto significativo: al último gran pensador latino reconocido por el Norte como tal, así sea, a veces, a regañadientes.

Porque se nos olvida y hay que recordarlo: que Descartes era y es un pensador latino. Un discípulo de hispanos incluso, y no hablo sólo de la *Lógica mexicana* del jesuita español Antonio Rubio.<sup>6</sup> Hablo también, por ejemplo, de Alarcón, respecto del que entre nosotros Alfonso Reyes y entre “ellos” Jean-Luc Nancy llama, en este contexto, nuestra atención.<sup>7</sup> Y habría que ver qué hay de Cervantes, y qué hay de Calderón. La gran aventura civilizacional de los denostados jesuitas, y la Contra Reforma más ampliamente, nos dan de cualquier modo su contexto fundamental. Un hombre del sur, pues, un católico por su credo y sobre todo por su educación, por su *ethos*, su talante o su civilización, que fue a pensar y a morir, y a fecundar de paso al pensamiento del margen Norte y protestante de nuestra civilización Occidental, que se disponía ya a tomar el relevo de la Historia, como dirán precisamente ellos.

Como Eneas en Roma, pues, en Holanda, en Alemania o en Suecia, e incluso en Inglaterra Descartes es en cierto modo —en un modo muy moderno: el “nacional”— un extranjero. Así las cosas, el novísimo Occidente filosófico comparte con Roma y con la latinidad, de hecho, su *secundariedad* que dice Rémi Brague en *Europa, la vía romana*<sup>8</sup> en oposición a las veleidades del origen que han marcado tan significativa y, por qué no decirlo, tan brutal y tan trágicamente a ese margen que se estaba con-

<sup>5</sup> Cf. Juan Carlos Moreno Romo, coord., *Descartes vivo*. Barcelona, Anthropos, 2007.

<sup>6</sup> Cf. Redmond y Beuchot, *La lógica mexicana en el Siglo de Oro*. México, UNAM, 1985, pp. 241 y ss.

<sup>7</sup> Cf. Alfonso Reyes, “Ruiz de Alarcón y el teatro francés”, en *Obras completas. VI*. México, FCE, 1957, pp. 413-425, y también Jean-Luc Nancy, *Ego sum*. París, Flammarion, 1979, p. 91. Mi traducción de este último libro apareció en 2007 bajo el sello de Anthropos.

<sup>8</sup> Rémi Brague, *Europa, la vía romana*. París, Éditions Criterion, 1992 / Madrid, Gredos, 1995.

virtiendo en centro, y que se han propagado luego, hay que advertirlo también, a los otros márgenes de nuestra civilización, como acertadamente lo ha expuesto, entre otros, don Leopoldo Zea, principal o más acabadamente, entiendo, en su *Discurso desde la marginación y la barbarie*.<sup>9</sup>

La escuela de Camerún, en Yaundé, por sólo dar un ejemplo, forma también parte de este laberinto, o cuando menos de este rompecabezas.<sup>10</sup> En esa África quieren, en efecto, frente a los alemanes que para no deberle nada a nadie se inventaron que todo se lo debíamos a los griegos (tras lo que se tenía que leer, nos explican el finado Philippe Lacoue-Labarthe y otra vez Jean-Luc Nancy, a *sus* griegos),<sup>11</sup> en esa África quieren ahora que todo se lo debamos a los egipcios, y a unos egipcios que desde luego son invento suyo, invento surgido —como esos incas de cerebros mejor irrigados de sangre y de oxígeno que los nuestros que me decía un filósofo peruano que por otra parte se reivindicaba él mismo indígena de sangre pura— de una marginación y de su consecuente irritación identitaria, y en el fondo de un resentimiento. —“¿No son estos hombres como ustedes?”, preguntaba fray Antón de Montesinos en Santo Domingo, en el inicio de nuestra historia, o de nuestro propio encuentro con la historia mediterránea para ser un poco más precisos.

“Que lo que tan sólo a Spinoza debe Descartes, tan sólo a Spinoza lo deba Spinoza”,<sup>12</sup> escribe un amigo de Spinoza —un holandés— a la entrada de *Los principios de la filosofía de Descartes*, y ya vamos viendo ahí cómo se le agrava al Norte su tentación de marcionismo, esa formidable y hartado adolescente tentación de no deberle nada a nadie, y de ajustar de una buena vez por todas, e incluso “geoméricamente” el Norte, el hasta entonces más o menos excluido margen norte de nuestra civilización, todas sus deudas con el pasado. Jacques Maritain nos lo había dicho ya con dura claridad y Richard Popkin nos lo recordó más recientemente, y a su manera lo confirman Samuel Huntington, y Richard Watson, quien extrañamente se empecina en hacer de Descartes un “protestante”: que la filosofía moderna y el cisma de Occidente están profundamente vinculados y que no se entiende a ésta sin proyectarla en aquél.<sup>13</sup>

El norte de Europa quería el imperio de verdad, y no sólo el espejito brillante, el título pomposo pero irreal de “Sacro Imperio”. Ésa era incluso una de las reivindicaciones

<sup>9</sup> Leopoldo Zea, *Discurso desde la marginación y la barbarie*. Barcelona, Anthropos, 1988.

<sup>10</sup> Cf. La conferencia del doctor Marcien Towa en el sitio del Parlamento de los Filósofos: <http://www.parlement-des-philosophes.org/ordredumonde.htm>

<sup>11</sup> Cf. Philippe Lacoue Labarthe y Jean-Luc Nancy, *El mito nazi*. Trad. y epílogo de Juan Carlos Moreno Romo. Barcelona, Anthropos, 2002.

<sup>12</sup> Cf. Spinoza, *Tratado de la reforma del entendimiento / Principios de filosofía de Descartes / Pensamientos metafísicos*, Atilano Domínguez, ed. Madrid, Alianza Editorial, 1988, pp. 34, 134 y 316 n. 143.

<sup>13</sup> Cf. Jacques Jacques, *Trois réformateurs: Luther, Descartes, Rousseau*. París, Plon, 1925; Richard H. Popkin, *Historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*. México, FCE, 1983 / *The History of Scepticism from Erasmus to Spinoza*, University of California Press, Berkeley, 1979; Samuel P. Huntington, *El choque de las civilizaciones*. Barcelona, Paidós, 1997, y Richard Watson, *Descartes, el filósofo de la luz*. Barcelona, Ediciones B, 2003.

ciones de Lutero.<sup>14</sup> Y quería, además, como nuestros latinoamericanistas quieren para nosotros, una cultura propia que sustituyera a la cultura prestada. Ya no querían seguir pensando en latín, ni en francés tampoco. Y querían entonces su propia literatura y su propia filosofía, su propia historia.

Un gran viraje se operó así en nuestra civilización, y en nuestra filosofía, entre el momento en el que Leibniz proponía tímidamente que se fuera forjando como lengua filosófica al duro alemán,<sup>15</sup> y aquel en el que Heidegger declaraba, en esa especie de testamento filosófico que es la entrevista que le concedió (que buscó más bien que le hiciera) *Der Spiegel*, y en la que “cándidamente” declaró que sus amigos franceses le confesaban que cuando querían filosofar *de veras* se sentían obligados a hacerlo en alemán.<sup>16</sup>

Descartes y la hermenéutica. En su seminario de 1996 sobre la genealogía de lo dionisiaco Philippe Lacoue-Labarthe nos fue mostrando cómo, en el pensamiento alemán de la época del Romanticismo, el viejo Vaco era minuciosa y sistemáticamente reemplazado por Dionisos. En la breve lista que en *Verdad y método* nos da Gadamer de esos grandes textos del pasado en cuya interpretación podemos encontrar una verdad que de ninguna forma está al alcance del método se encuentra, entre alemanes y griegos, el cartesiano Leibniz, y está sin embargo ausente, con todos los latinos, el padre de la Modernidad.

¡Pero cómo iba a estar ahí, se nos replicará, precisamente ese enemigo de la tradición y de los textos que fue y que es Descartes! Todos recordamos que el filósofo que ya de niño, cuando oía decir que en tal libro estaba la solución a tal problema, prefería evitar el libro para no privarse del placer de resolver el problema por su propia cuenta, y que ya maduro argumentaba, como si hubiese leído “La biblioteca de Babel” o “El libro de Arena”, que incluso si toda la ciencia estuviese en los libros sería más práctico, y desde luego más perfecto encontrarla por la vía directa de la ciencia, y del método, ambos preferibles, desde luego, a la mera erudición.

Si el cartesianismo se ha mostrado en el orden inteligible un devastador tan salvaje del pasado —escribe, antes que Heidegger o Gadamer, Jacques Maritain—, es porque ha comenzado por desconocer, en el propio individuo, la esencial dependencia intrínseca de nuestro saber actual con respecto a nuestro pasado, que hace que nuestro establecimiento en la verdad, por vía humana, sea necesariamente y por su propia naturaleza una cosa extrañamente larga y laboriosa. De un modo general, ya se trate del pobre esfuerzo de cada uno, o de la obra común de las generaciones, el ángel cartesiano no sufre el tiempo más que como una coacción

<sup>14</sup> Cf. Martín Lutero, “A la nobleza cristiana de la nación alemana acerca del mejoramiento del estado cristiano”, en Humberto Martínez, ed., *Escritos reformistas de 1520*. México, SEP, 1988 (Col. Cien del Mundo), pp. 27-112.

<sup>15</sup> Cf. G. W. Leibniz, *L'harmonie des langues*. Presentación, trad. y notas de Marc Crépon. París, Seuil, 2000.

<sup>16</sup> Cf. Martin Heidegger, *Réponses et questions sur l'histoire et la politique*. Trad. de Jean Launay. Mercure de France, 1988, pp. 66-67.

exterior, una violencia que repugna a su naturaleza; él no comprende el rol esencial del tiempo en la maduración del conocimiento humano.<sup>17</sup>

La pregunta que se impone, desde luego, es la de si Maritain y compañía no se estarán equivocando de enemigo. ¿Descartes el Lutero de la filosofía? ¿Descartes un “ángel”? ¿Descartes un “individuo” burgués, esa quimera? ¿Descartes en verdad sin tradición y sin aprendizaje, sin herencia y sin heredad?

Y en el contraste, por ejemplo, entre los libros escritos en primera persona por Descartes, en cuya persona se sienten presentes tanto su tradición como su muy amplia y muy rica comunidad, y los del solitario Fichte, por ejemplo, cuya escritura huraña carece casi de modales, me parece que se abre toda una veta para la investigación y para la reflexión que, si algún día logro liberarme de las interminables urgencias de la lucha por hacer algo que valga en mi harto desorganizada universidad provinciana, me gustaría poder explorar. Pero esa es otra lucha.

### *Descartes y la deconstrucción*

En su libro sobre Descartes *Ego sum*, reivindicándolo en la estela del propio Heidegger, y sobre todo en la del Jacques Derrida de “Cogito e historia de la locura”, que como sabemos lo reivindicó frente a la también simplificadora e injusta referencia de Foucault, Jean-Luc Nancy explora la carne, y la riquísima erudición que se encuentran enmascaradas en la escritura de Descartes.

Enlabón entre el pasado y la posteridad, el Descartes “deconstruido” por Nancy medita así, por ejemplo:

Mientras que escribo me parece que soy visto por muchos otros, que leen por encima de mis hombros las palabras que traza la mano de un muerto, inmovilizado por la eternidad de la verdad en el instante de su inscripción: *dum scribo*...

Extravago fuera del pensamiento para pensar la impresión de la figura en mi pensamiento —y es así como en efecto concibo lo que es la industria del pensamiento. Yo no recojo tan sólo el gesto de mi escritura, no sólo me veo escribiendo, no sólo tomo la figura de escritor, sino que también imagino todo mi cuerpo como una pluma [...] Es la verdad de esta escritura que escribo aquí, y que se traza en el aire de mi intelección en el instante mismo en el que lo hace sobre el texto de mi ciencia.<sup>18</sup>

Todos conocemos, o todos deberíamos conocer esa parábola del explorador del polo norte que relata Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*, situada precisamente en esa falla y ese puente, en ese diálogo difícil entre nuestro Norte y nuestro Sur. Los profesores

<sup>17</sup> Cf. Jacques Maritain, *Trois réformateurs: Luther-Descartes-Rousseau*. París, Plon, 1925, p. 89.

<sup>18</sup> Cf. J.-L. Nancy, *op. cit.*, pp. 43 y 53.

alemanes son unos pedantes que ni siquiera saben hacer un curso, dice Ortega por ahí, y su manejo de la lengua desmerece frente a la muy natural pericia de los hombres del sol mediterráneo, que tienen para pulirla las deliciosas horas y los climas de terrazas y cafés, pero es de ellos, de los hombres encerrados entre gruesos volúmenes por los climas fríos —como Descartes en su estufa alemana, pero por harto más tiempo—, de quienes hay que aprender ahora, escribía más o menos, el rigor de la investigación filosófica. Y todos recordaremos lo que el abuelo de nuestro germanocentrismo decía de la claridad como la generosidad del filósofo.

Empero no se impuso, en la *koiné* filosófica, o en la filosofía continental, esa tan deseable generosidad que me recuerda la invitación que ayer nos hiciera aquí mismo el doctor Ambrosio Velasco para que habláramos, los académicos, los investigadores, los filósofos, de los problemas de la gente.

Vincent Descombes nos describe en su libro *Le même et l'autre* la manera en la que, entrado el siglo XX, en Francia se adoptaron o adaptaron la brumas alemanas, para cubrir con ellas una vuelta al régimen de la autoridad, y señala el seminario de Kojève sobre la *Fenomenología del espíritu* de Hegel como uno de sus teatros decisivos.<sup>19</sup> A la inversa de lo que nos enseña la primera regla del método, para el saber institucionalizado o reinstitucionalizado, para ese saber en cierto modo reaccionario que a la vez traiciona y hereda a la Luces, para ese saber, más de profesores que de intelectuales u hombres de cultura u *honnêtes hommes*, mientras más oscuro, mejor.

Por mi parte —escribía el también ruso Alexandre Koyré— yo creo que la exhortación cartesiana, que el mensaje cartesiano no ha sido jamás tan actual como hoy. Hoy, es decir, en una época en la que el pensamiento humano, renegando de su valor y de su dignidad, se proclama simple manifestación de lo social, o incluso, simple función de la vida; en una época en la que, en un mundo que de nuevo se ha tornado incierto, vemos al hombre buscar a cualquier precio una nueva *certidumbre*, pagándola alegremente con su libertad, y con la de su propia razón; en una época de mito renaciente y de autoridades infalibles, nos hace falta más que nunca obedecer el mandato cartesiano que nos prohíbe *admitir como verdadero nada que no percibamos evidentemente como tal*; y permanecer fieles al mensaje cartesiano, que, proclamando el valor supremo de la razón, y de la verdad, nos prohíbe someternos a una autoridad cualquiera que no sea la de la razón, y la de la verdad.<sup>20</sup>

En un reciente congreso sobre la filosofía en lengua francesa, también frente al oscuro y pedantesco estilo profesoral de las filosofías nórdicas, y más específicamente germánicas, que se nos ha venido imponiendo en el propio sur (donde por ejemplo la prosa de Gaos ya no tiene el brillo de la de su maestro, y la del finado Leopoldo Zea, con todo respeto...), el filósofo francés André Comte-Sponville decide que es oportuno

<sup>19</sup> Cf. Vincent Descombes, *Le même et l'autre : quarante-cinq ans de philosophie française (1933-1978)*. París, Les Éditions de Minuit / Cambridge University Press, 1979.

<sup>20</sup> Cf. Alexandre Koyré, *Entretiens sur Descartes*. Nueva York, Brentano's, 1944, p. 113.



hablarle a sus colegas de “*Le courage d’être clair*”, del “valor de ser claro”. “Uno tiene —les recuerda y nos recuerda ahí— la lengua que uno tiene, la historia que uno puede, pero la tradición que uno amerita”,<sup>21</sup> y en seguida se remite él a su tradición, marcada por Montaigne, Descartes y Pascal, los más altos representantes, dice, de ese socratismo francés que nos habla o nos interpela en primera persona y se esfuerza, ante todo, por ocuparse del mandato délfico y socrático: “hay que conocerse uno mismo —nos recuerda que escribía Pascal—: incluso si ello no sirviese para encontrar la verdad, serviría por lo menos para regular la vida, y no hay nada más justo que eso”.<sup>22</sup>

Piensa Comte-Sponville que en ninguna tradición filosófica el estilo es tan importante, y que en ninguna tradición literaria lo es asimismo el pensamiento que en la tradición francesa. Nuestros primos los franceses siempre creen que ellos son los únicos latinos, pero pase. Ortega subrayaba esto mucho antes, y no dejaba de ver lo mucho que teníamos que aprender de los rígidos profesores alemanes. ¿Investigar o filosofar? Acumular puntos o hacer cultura, cabría decir en esta hora. Pero el dilema es más profundo aún.

En un escrito reciente que Jean-Luc Marion me ha hecho el favor de confiarme,<sup>23</sup> el investigador francés enlista una serie de exigencias o de reglas para el estudio de la obra de Descartes, poco menos que intimidantes: no se valen, dice, en primer lugar, las afirmaciones que no se apoyen en textos precisos, y hasta ahí todo va bien; hay que evitar con todo rigor, continúa, los anacronismos, sirviéndose incluso el investigador de minuciosos índices automáticos; y hay que tomar en cuenta, afirma, la totalidad de los textos —y aquí se acuerda uno inevitablemente de ese diálogo entre Sócrates y Hegel imaginado por Kierkegaard que muchos de nosotros conocemos gracias a Ramón Xirau—;<sup>24</sup> pero no basta con eso, prosigue Marion: es preciso conocer también el contexto en el que pensaba Descartes, su pasado y su presente, los debates literarios y teológicos que seguramente le interesaron, y no nada más los de carácter científico; y afirma que no debemos ignorar tampoco a sus interlocutores menores, y etc., etc.

Y sin embargo no propone el investigador que ahogemos la filosofía en la historia de la filosofía, y reconoce que el verdadero gran momento de la hermenéutica cartesiana es el de la lectura filosófica de la misma: ninguna historia de la filosofía podría dispensarse, escribe, del valor de verdad *hic et nunc* de la filosofía de Descartes. “La erudición sin el concepto es ciega, afirma, del mismo modo que el concepto sin erudición está vacío”.

<sup>21</sup> Cf. André Comte-Sponville, “Lo courage d’être clair”, en Jean-François Mattéi (sous la direction de), *Philosopher en français*. París, PUF, 2001, pp. 421-429; la cita es de la p. 421.

<sup>22</sup> Pensamiento 72 en el orden de Lafuma.

<sup>23</sup> Cf. Jean-Luc Marion, “Descartes, état de la question”, en *idem* (sous la direction de), *Descartes*, París, Bayard, 2007. La versión española de este texto (a cargo de mis colaboradores Francisco de Jesús Ángeles Cerón y Juan Granados V.) se puede buscar en las *Memorias del II Simposio Internacional de Estudios Cruzados sobre la Modernidad: Descartes y Nuestra Modernidad* (Universidad Autónoma de Querétaro, septiembre de 2007).

<sup>24</sup> Cf. Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*. 10a. ed. México, UNAM, 1987, p. 334.



Y aquí podemos volver a la comunicación de Comte-Sponville: si pensar es útil para vivir, advierte éste, el pensamiento debe dirigirse a todos. “La filosofía no es en primer lugar una profesión; es una dimensión de la existencia humana, es decir de la civilización”.<sup>25</sup>

Si el buen sentido es la mejor repartida de las cosas del mundo, como dirá Descartes parafraseando a Montaigne —lo cual a Marion, y a José de Teresa también,<sup>26</sup> les parece embarazoso o problemático—, ningún pensamiento debería, sin ser despreciable —prosigue Comte-Sponville—, fundarse en el desprecio de aquellos que no lo comprendiesen. Esta convicción —escribe—, que me guía, que trato de respetar, me ha valido en mi medio un determinado número de ataques o de de risas. Los más gentiles me han colocado en la categoría de los vulgarizadores. Se los agradezco mucho. Dirigirse al gran público, para mí, no es derogar, no es vulgarizar. Es permanecer fiel a Montaigne, a Descartes, a Pascal. Es permanecer fiel a la humanidad. El estilo —y en primer lugar la claridad del estilo— es también —afirma— una cuestión de ética.<sup>27</sup>

Esos baluartes de la tradición filosófica francesa, observa Comte-Sponville, no necesitan ser oscuros. Ellos corren generosamente el riesgo de la claridad. “¿Simples? —escribe—, hay que verlo. Quien se ocupa un poco de su pensamiento descubre muy pronto su complejidad, su dificultad, la extrema sutileza de la que son capaces... Éstos son unos filósofos del buen sentido, si se quiere, es decir de la razón común (¿hay otra?) o de la verdad ordinaria. Ellos desconfían del delirio especulativo, y tienen razón. No se toman por Dios, y ni siquiera por el espíritu o el pensamiento; se conforman con ser ellos mismos”.<sup>28</sup>

Y cita, y cerremos con eso, la siguiente observación del Nietzsche de *Humano demasiado humano*: “La desgracia de los escritores penetrantes y claros es que se los toma por superficiales, y que, en consecuencia, no se toma uno con ellos ningún esfuerzo; y la ventaja de los escritores oscuros es que su lector se extenua en ellos y les atribuye el placer que le causa su propia diligencia”.<sup>29</sup>

<sup>25</sup> Cf. A. Comte-Sponville, “Lo courage d’être clair”, en J.-F. Mattéi, *op. cit.*, p. 425.

<sup>26</sup> Cf. José de Teresa, *Pruebas cartesianas*. México, UAM / Plaza y Valdés, 2002.

<sup>27</sup> Cf. A. Comte-Sponville, “Lo courage d’être clair”, en J.-F. Mattéi, *op. cit.*, p. 426, y en lo que respecta a Montaigne: *Essais* II, 17.

<sup>28</sup> Cf. *Ibid.*, p. 428.

<sup>29</sup> Friedrich Nietzsche, “Del alma de los artistas y de los escritores”, I, aforismo 181, en *Humano demasiado humano: un libro para espíritus libres*. Trad. de Alfredo Brotons Muñoz. Madrid, Akal, 1996.

